

EL UNICO ORKO BUENO

CIAPHAS CAIN

SANDY MITCHELL

Ciaphas Caín

EL ÚNICO ORKO BUENO…

“*The Only Good Ork*” por Sandy Mitchell



SÓLO PARA PERSONAL AUTORIZADO



TRADUCCIÓN Y EDICIÓN DEL PERGAMINO ORIGINAL:

ERUDITO ESCRIBA CARACTACUS MOTT



Nunca es buen momento para encontrarse cara a cara con un orko, pero permítanme afirmar que uno de los menos propicios que se me ocurren es que tal encuentro tenga lugar mientras uno trata de salir como puede, arrastrándose de entre los restos de un Salamander estrellado. La guinda que hizo que la sorpresa fuera aún menos bienvenida de lo que ya era fue que, hasta aquel momento, no tenía ni la más puñetera idea de que anduviera por la zona ninguna de aquellas bestiales criaturas. Supongo que tampoco debería haberme sorprendido; Frumenta había sufrido la amarga experiencia de haber sido infestada de aquellos viles seres apenas unas décadas atrás, hasta que la Guardia había llegado para exterminarlas como las alimañas que eran, y me consta que habían realizado el trabajo con una más que encomiable eficiencia. Lamentablemente, como solía suceder con excesiva frecuencia, durante los siguientes años, se habían producido brotes ocasionales, aunque lo bastante localizados como para que la milicia Frumentana demostrara ser más que capaz de acabar con ellos. Al menos hasta que se descubrió que, a su vez, éstos últimos estaban ampliamente contaminados por la mancha genestealer, volviéndose los unos contra los otros, desencadenándose una auténtica guerra civil a gran escala, cuya resolución había sido encargada a la Guardia Imperial.

A pesar de estar oficialmente retirado, me vi envuelto en todo este lúgubre embrollo por la simple mala fortuna de haber hecho una escala en la estación espacial donde el grupo de combate allí enviado se había reunido y ultimaba sus preparativos para lanzar el asalto. Negarse a

acompañarlos, tal y como me había pedido el Lord General como un favor personal, habría hecho una mella excesiva en mi inmerecida, aunque en ocasiones innegablemente útil, reputación, algo que sin duda no podía permitirme, por no hablar de cómo afectaría a nuestra amistad. Eso sin contar a Amberley, y mi bien disimulada vocación como uno de sus chicos de los recados para asuntos de la Inquisición: una infestación de genestealers de la que hasta aquel momento no se había tenido noticia alguna, junto a la enorme escala a la que se estaba produciendo, a buen seguro sería de gran interés para el Ordo Xenos. Todo esto implicaba que era más que probable que se enfadara un poco conmigo si dejaba pasar la oportunidad de reunir algo de información sobre el terreno, una complicación de la que indudablemente mi vida podría haber prescindido.

Por lo tanto, con una cuidadosamente disimulada reticencia, asumí que mi ansiada, y de sobra bien ganado puesto en la Schola Progenium de Perlia donde jubilarme cómodamente, me esperaría un poco más, retrasando aquella idea hacia un futuro indefinido, y me embarqué hacia otro anodino mundo agrícola, poco notable y en nada diferente de una veintena de otros planetas similares. Nada más llegar me incorporé al estado mayor, asegurándome de que mi sucesor no molestara demasiado a Zyvan (cosa que no ocurrió, ya que antes de irme me había cerciorado de que el Comisariado nombrara a alguien lo suficientemente pragmático como para dejarle hacer su trabajo) y me dediqué a hacer visitas para levantar la moral a todos los regimientos que parecían estar lo suficientemente alejados de los combates en aquel momento, recabando por el camino cualquier retazo de información que pudiera resultarle de utilidad a Amberley.

Así fue como, finalmente, me encontré en las Cascadas, una zona de altos picos, profundos desfiladeros y espectaculares cascadas, que, en tiempos más pacíficos, había sido un popular destino turístico lejos de las zonas intensamente cultivadas. Muchos de los cultistas genestealer en retirada ante el avance de la Guardia habían acabado refugiándose allí, contando con que el terreno escarpado y la escasa población les permitirían desaparecer de forma efectiva. Incluso podría haberles funcionado si las estrechas y tortuosas carreteras de los puertos de montaña no hubieran forzado a sus vehículos a circular en fila india y por un limitado número de carreteras, lo que los convirtió en patos de feria para el disfrute de las tripulaciones de los Vendetta de nuestra fuerza aérea. Justamente acababa de terminar una visita a uno de nuestros campos de aterrizaje de vanguardia, donde había transmitido los más clásicos discursos motivadores de mi repertorio, estrechado algunas manos y disfrutado de un indiferente almuerzo, cuando caímos en una emboscada, presumiblemente dirigida a los camiones de suministros que mantenían alimentados a nuestros pilotos.

El primer indicio de problemas que tuve fue un rayo láser que tuvo la mala educación de impactar en el borde del habitáculo abierto del Salamander, seguido de varios más apenas me había agachado tras la reconfortante solidez del blindaje del vehículo.

-Jurgen-, transmití por vox, activando el pinganillo de comunicación que como siempre llevaba en mi oído**-, nos están disparando-.** No es que estuviera especialmente preocupado. El pequeño y robusto vehículo de exploración era más que capaz de resistir cosas mucho peores, y probablemente había sido una desagradable sorpresa para

los insurgentes, que sin duda no esperaban nada más duro que un camión o dos que podrían desarmar y saquear con facilidad.

Me agaché detrás del bolter pesado montado en el soporte del puesto de observación, que me proporcionaba cierta protección mientras estaba de pie, y apreté con ganas el gatillo, lanzando una lluvia mortal contra la pared del acantilado donde debía encontrarse el grueso del enemigo, al menos a juzgar por el ángulo del fuego entrante. Me vi recompensado con un repentino cese de la lluvia de descargas láser y unos pocos remedos de movimiento entre los matorrales que se aferraban esperanzados a una superficie casi vertical, mientras nuestros asaltantes se apresuraban a buscar algo más sólido tras lo que cubrirse.

-Parece que eso les ha quitado un poco las ganas.

-Me alegra oír eso, señor-, respondió mi ayudante desde el puesto del conductor, pisando a fondo el acelerador mientras hablaba. Si cualquier otra persona hubiera estado a los mandos, el repentino aumento de la aceleración me habría parecido del todo alarmante, dado que nuestra oruga izquierda estaba a escasos centímetros del precipicio que bordeaba la autopista, pero, tras años padeciéndolas, yo conocía perfectamente las excepcionales habilidades de conducción de Jurgen, y me limité a sujetarme un poco más fuerte al soporte del bolter para ayudarme a mantener el equilibrio; un acto reflejo que bien podría haberme salvado la vida. Apenas tuve tiempo de vislumbrar de reojo una brillante estela en el aire por delante de nosotros antes de que un cohete impactara en la esquina de nuestro blindaje delantero, destrozando una de las orugas con la consiguiente lluvia de metralla.

El Salamander dio una violenta sacudida. Jurgen juró, o empezó a hacerlo, cuando su juramento a medio terminar quedó ahogado cuando el pequeño y robusto vehículo se desvió hacia el borde del acantilado.

Afortunadamente, como ya había comentado antes, había una buena cantidad de matorrales, e incluso un árbol o dos, que se aferraban en el mismo borde del desfiladero, y, por la gracia del Emperador, justo en esta zona la pared del acantilado no era del todo vertical. Tras un momento de infarto en el que prácticamente pareció como si quedáramos suspendidos en el aire, unido a un impacto me dejó sin aliento y lisiado, nuestro Salamander empezó a deslizarse por el barranco, dejando una estela de rocas y vegetación arrancadas a nuestro alrededor. Me aferré al bolter para salvar mi vida, mientras el ruidillo del castañeteo de mis dientes se me clavaba en la cabeza, y el cielo y las rocas que nos rodeaban se movían como un violento molinillo; entonces, con una sacudida, un rebote y un chirrido de ultrajado metal, todo el vehículo se volcó sobre su costado, hasta finalmente detenerse, a escasos metros del arroyo que corría impetuosamente por el fondo del desfiladero.

Al cabo de un momento, me di cuenta de que no estaba muerto y me alejé a rastras del soporte del bolter, golpeándome la cabeza por el camino. Todavía aturdido, rodé por el costado del blindado que ahora hacía de suelo, recordando que hasta hacía poco habían sido las planchas de blindaje laterales del Salamander, sintiendo como la grava y algunas que otras piedras más grandes y duras me presionaban la espalda, y mientras me esforzaba, alcé la vista para encontrarme con un rostro más propio de una

pesadilla. De hecho, por un momento pensé que se trataba precisamente eso, una alucinación sacada de mi revuelto córtex cerebral por la violencia de nuestro descenso... hasta que me di cuenta de que ningún producto de mi imaginación podría haber exudado un aliento tan fétido como aquel, y créanme, tras décadas viajando con Jurgen, sé muy bien de lo que hablo.

-*Waaaaaaghhhh*-, bramó en mí cara aquel bicho de las narices, rociándome desconsideradamente con sus asquerosas babas, al tiempo que trataba de abrir una brecha en el blindaje a mis espaldas, mientras yo me apartaba de él rodando justo a tiempo, buscando mi pistola láser mientras lo hacía. Mi mano se cerró sobre la nada, allí en el lugar exacto donde debería haber estado la empuñadura del arma, sobresaliendo de la ahora vacía funda, así que volví a rodar, evadiendo otro golpe mortal, al tiempo que lograba divisar mi perdida arma justo debajo del soporte del bolter pesado, precisamente en un lugar donde no podría tratar de hacerme con ella sin que el monstruito verde me abriera el cráneo en el proceso. Un fuerte estruendo procedente de la deformada escotilla del compartimento del conductor, acompañado de una letanía de blasfemias que atronaron en mi auricular, me dejó tristemente consciente de que no podía recibir ninguna ayuda de Jurgen en los próximos segundos: así que por ahora estaba solo, al menos hasta que mi ayudante consiguiera forzar la puerta.

Por suerte, aún tenía mi espada sierra, así que me retorcí como pude para desenfundarla, poniéndome en pie aprovechando un traspiés de mi agresor orko que había perdido el equilibrio al haber fallado un nuevo intento de dejarme una cara nueva. Sin embargo, antes de que pudiera

asestarle un buen mandoble **(1)**, una ráfaga de disparos de un fusil láser estalló a nuestro alrededor, atravesando la destrozada estructura metálica del Salamander y causando un par de heridas en mi atacante que habrían abatido a un humano en el acto, probablemente para siempre. Sin embargo, esto no pareció más que encabronarlo aún más y se giró para enfrentarse a esta nueva amenaza con un grito de desafío aún más atronador que antes.

(1) Como al parecer estos xenos se reproducen por esporas, los orkos no tienen género, técnicamente hablando, pero por regla general se les aplica exclusivamente con el pronombre masculino, algo quizás inevitable si atendemos a la enorme fuerza física y espectacular estupidez de la mayoría de los miembros de esta especie. *Amberley Vail, Ordo Xenos.*

-¿Qué sucede, señor?-, preguntó Jurgen, sin mostrar apenas sorpresa, algo que no me dejó de extrañar dadas las circunstancias, mientras yo me lanzaba de nuevo buscando la cobertura del volcado habitáculo, aprovechando la oportunidad para coger mi pistola láser mientras la atención del orko estaba enfocada en otra “*víctima*”.

-Rebeldes-, respondí, analizando la situación de un rápido vistazo. La escuadra de soldados que avanzaba por el desfiladero mostraba uniformes de la milicia local, pero a estas alturas ya había visto suficientes híbridos genestealer como para percatarme de la sutil incorrección presente en algunos de ellos. Envalentonados por su presencia, los supervivientes de la emboscada en la carretera de arriba también dispararon unas cuantas descargas láser en nuestra dirección, pero la verdad es que se lo pudieron haber ahorrado, gracias a que habíamos quedado situados al límite de su alcance y por el incómodo ángulo que tuvieron que adoptar; lo único que hicieron el par de disparos que impactaron en el inutilizado vehículo fue reforzar mi personal inclinación a quedarme quieto. Aunque

bien pensado, quedar dentro del alcance de un puñetazo de un orko enfadado, no es que fuera precisamente la mejor de las opciones.

-Enseguida estoy con usted, señor-, me aseguró mi ayudante, mientras aumentaba el volumen de los golpes y los insultos procedentes del habitáculo del conductor. El orko se volvió hacia mí, con una enrojecida mirada asesina, y yo levanté la pistola láser con la esperanza de encontrar un punto débil en su increíblemente dura cabezota. Pero entonces se me ocurrió otra posibilidad.

-¡Oldyt!-, (2) grité a pleno pulmón, tan fuerte como pude, manteniendo la pistola apuntada por si mi treta no funcionaba. Pero gracias al Emperador, el resultado fue todo lo exitoso que podía esperar. Una expresión de confusión casi cómica al ver a un humiz dirigirse a él en su propia bárbara lengua **(3)** hizo fruncir el ceño de aquella ahora confundida bestia. Señalé a los híbridos que avanzaban, que fueron lo suficientemente amables como para volver a llamar su atención con otra ráfaga de fuego automático, que rebotó a nuestro alrededor, afortunadamente creando más ruido que daño en el proceso**-. Los matamos a ellos primero. Luego arreglamos lo nuestro.**

(2) En orko significa "espera", o "yo lo vi primero".

(3) Como ya se ha indicado extensamente en las partes ya publicadas de sus memorias, Caín adquirió un conocimiento básico de aquella bárbara lengua durante su exitosa guerra de guerrillas contra los invasores orkos del continente oriental de Perlia, en los inicios de su carrera.

El orko frunció el ceño por un momento, tratando de entender mis palabras. Luego, para mi gran alivio, echó la

cabeza hacia atrás y emitió una dura carcajada.

-Matarlos primero-, aceptó. Entonces sus ojos se posaron en el pesado bolter**-. ¡Shoota! (4).**

(4) Término orko genérico para cualquier arma de fuego o de energía, preferiblemente lo más ruidosa y destructiva posible. Dado que es poco probable que Caín propusiera su tregua en gótico llano, hemos de asumir que aquí lo ha traducido en aras de una mayor claridad.

-Sírvete-, dije, preguntándome si entregar a un enemigo nuestra arma más poderosa era del todo inteligente. Por otra parte, yo no podía usarla tal y como estaba ahora, firmemente sujeta al Salamander, y, en aquel momento, la prole genestealer me parecía de largo la mayor amenaza, aunque solo fuera marginalmente. Además, nunca había visto un orko sin un arma de algún tipo, o ya puestos, luchando en solitario, y aquello era algo que me preocupaba. En cualquier caso, tocaba asignar prioridades, ya tendría tiempo de pensar en eso más tarde, si es que tenía la oportunidad.

Un puño lo bastante grande como para aplastarme la cabeza aferró la pesada arma y la arrancó de su soporte con un gemido de metal maltratado. Retorció el soporte de acero endurecido hasta que se quebró, y volví a maravillarme de la fuerza bruta de esas criaturas. El orko levantó el pesado artilugio con una inconfundible expresión satisfecha, mientras palpaba en busca del gatillo y emitió un gruñido de frustración cuando su dedo índice, debido a su enorme tamaño, se mostró demasiado voluminoso para pasar por el guardamonte. Con una exhalación irritada, pellizcó la fina tira de metal entre el dedo y el pulgar, y la arrancó, con la misma facilidad y desdén con que Jurgen se

arrancaba una costra reseca. Acto seguido su mirada se posó en mí persona, y debo confesar que sentí un escalofrío de aprensión, aunque sobra decir que lo disimulé lo mejor que pude, blandiendo mis propias armas y cabeceando en dirección al enemigo que se acercaba.

-¡Matarlos primero!-, rugió, entendiendo la indirecta**-. ¡Waaaghhhhh!**

Para mi inexpresable alivio, se alejó en dirección al enemigo común, blandiendo alegremente el bolter. Instantes después disparaba la primera ráfaga y una fulminante salva de proyectiles explosivos acabó con los primeros soldados híbridos, mientras el resto se apresuraba a dispersarse, sin duda desagradablemente sorprendidos por aquel repentino giro de los acontecimientos. Aprovechándome de la distracción de ambos grupos de enemigos, me volví hacia el vehículo averiado que tenía a mis espaldas.

-Aléjese de la escotilla-, le dije a Jurgen a través del vox, poniendo al máximo el selector de velocidad de mi espada sierra y comencé a cortar las bisagras. Afortunadamente, estas cedieron casi de inmediato, en medio de una lluvia de chispas, y la deformada losa circular de metal se desprendió con un estruendo que resonó en el estrecho valle. Mi ayudante salió, envuelto en un olor a calcetines sudados tras un mes de uso continuado, empuñando su fusil láser y mirando desconfiadamente a su alrededor.

-¿Quién está disparando el bolter?-, preguntó, quitando el seguro de su arma**-, ¿Y a quién?**

-Un orko-, le dije sin miramientos, decidiendo mantener las cosas lo más sencillas posible**-, y contra algunos híbridos. Venga, pongámonos en marcha mientras se entretienen-.** Comencé a liderar el camino siguiendo la orilla del arroyo, manteniendo el chasis del destrozado Salamander entre los combatientes y nosotros. Los híbridos estaban devolviendo el fuego del piel verde desde cualquier cobertura que hubieran podido encontrar, y con un poco de suerte se encargarían los unos de los otros mientras nosotros nos escabullíamos de allí.

Supongo que cualquier otra persona habría respondido a una afirmación como aquella con un torrente de preguntas, pero Jurgen, tan flemático como siempre, se limitó a encogerse de hombros mientras se ponía a mi lado, como de costumbre, con su fusil láser presto para ser utilizado.

-Sabía que tenía que haber traído el melta-, se lamentó, escupiendo pesaroso hacia el arroyo.

-Se suponía que este sector debía estar despejado-, le recordé; tratando de zanjar su malestar dado que no era el momento de distraerse con inútiles reproches**-. Está claro que voy a tener que charlar con nuestros analistas en cuanto volvamos-.** Me abstuve de decir el "*si es que volvemos*" que era lo que realmente estaba pensando. Como fuera, aquella era una línea de pensamiento nada constructiva con la que no deseaba seguir. Y, con toda honestidad, no podía culpar a nadie más por nuestra situación; no habríamos estado allí, librados a nuestra suerte, si hubiera pensado que había la más remota posibilidad de tropezar con el enemigo**-. En el fondo, hemos tenido suerte de encontrarnos sólo con un puñado de rezagados.**

-¿De dónde vienen los orkos?-, preguntó Jurgen, mientras pasábamos por una curva en el lecho del arroyo, que revelaba una sección más amplia del desfiladero. Allí había una pequeña playa de guijarros, las paredes del desfiladero estaban cubiertas de vegetación, pero lo único que me llamó la atención fue la cantidad de cuerpos de orkos muertos yacían alrededor. Todos habían sido asesinados con armas imperiales, y he de decir que me agradó comprobar que habían sido eliminados con gran minuciosidad; y a juzgar por el hedor y el grasiento humo que flotaba alrededor, aparte de por el carbonizado estado de la mayoría de los cadáveres, alguien se había molestado en rociar a los muertos con promethium y les había prendido fuego, un detalle que hizo que Jurgen asintiera satisfecho **(5)**.

(5) Como su mundo natal fue invadido en su día por los orkos, los valhallanos dan mucha importancia a deshacerse de sus ancestrales enemigos de la forma más completa posible.

-Yo supongo que de aquí-, supuse mirando a mi alrededor en busca de alguno más que aún pudiera estar retorciéndose. Sabía por amarga experiencia, que nunca era prudente descartar del todo que ninguna de aquellas criaturas siguiera con vida, por muy machacadas que estuvieran, ya que su resistencia rozaba lo sobrenatural. Pero en esa ocasión no tenía de qué preocuparme; estaban tan muertas como parecía, algo que comprobé de la forma más sencilla posible al endosarles un par de descargas láser a cada una de ellas desde una prudente distancia**-. Da la impresión de que habían acampado aquí-.** Tampoco es que quedaran muchas pruebas de ello, aparte de una tosca hoguera montada alrededor de algunas de las piedras más grandes, en la que aún ardían los restos de un fuego.

Jurgen se mostró de acuerdo asintiendo con la cabeza.

-Eso parece una guarida-, dijo, señalando una maraña de matorrales apilados junto a la pared del acantilado. Cuando di unos pasos más hacia ella, vi a qué se refería. Las ramas estaban unidas para formar un tosco refugio que, a tenor del desagradable olor que desprendía, llevaba algún tiempo en uso. Me sorprendió ver una primitiva lanza, fabricada con el tronco de un árbol pequeño, con una roca astillada atada en un extremo a modo de punta, y que descansaba en el suelo cerca de donde yo estaba. La empujé con el pie, sintiéndome algo desconcertado.

-¿Dónde está su equipo?-, pregunté.

Mi ayudante se encogió de hombros.

-Yo diría que lo estamos pisando-. Revolvió los detritus del suelo bajo sus pies con la punta de la bota y, tardíamente, reconocí las lascas de piedra como los restos que habían dejado al tallar aquellas herramientas de piedra**-. Supongo que estos orkos deben pertenecer a una camada gestada hace poco (6).**

(6) La teoría predominante entre los magos biólogos que estudian a estas criaturas es que nacen con ciertos conocimientos innatos, incluyendo la construcción y el uso de armas, como si de alguna manera los tuvieran codificados genéticamente-. Aunque tal teoría fuera cierta, resultaba harto evidente que este grupo carecía de los recursos para construir sus propios "*shootas*" desde cero.

-Usted sabrá, que es el experto-, dije, cediendo ante su mayor conocimiento de las criaturas, perfeccionado a lo largo de generaciones de mantener su mundo natal libre de nuevas infestaciones. Gracias a la brisa, nos llegó el sonido distante de los disparos del bolter, indicando que mi antiguo compañero seguía disfrutando de su deporte favorito, aunque supuse que probablemente se estaría quedando sin híbridos genestealer contra los que disparar, y sin duda, a no mucho más tardar, volvería a centrar su atención en nosotros. En cualquier caso, para entonces tenía la intención de estar muy lejos de allí, preparando una emboscada, o ambas cosas a la vez. Con demasiada frecuencia había visto lo que podía hacer un bolter pesado como para tener la intención de estar en el lado equivocado de uno de ellos.

O ya puestos, del de los fusiles láser. El inconfundible crujido de varias ráfagas resonó en el desfiladero, y una de las piedras junto a mi bota estalló por el repentino choque térmico provocado por el impacto de una descarga láser. Más híbridos genestealer cargaban contra nosotros desde el desfiladero arroyo arriba, disparando a medida que avanzaban, incontroladas ráfagas sin molestarse en apuntar que tan sólo pretendían inmovilizarnos mientras se lanzaban sobre nosotros, u obligarnos a salir corriendo para poder dispararnos por la espalda. Una burda táctica que podría haber funcionado contra las milicias leales locales, pero no con Jurgen o conmigo, pues habíamos estado en demasiados campos de batalla como para cometer cualquiera de aquellos errores de novato, y en su lugar nos tiramos cuerpo a tierra cubriéndonos detrás del cadáver del humeante piel verde más cercano, que olía tan hermosamente como se podría imaginar, aunque al menos enmascaraba el distintivo aroma de mi ayudante y de paso

absorbía la mayor parte del fuego enemigo de forma más que satisfactoria.

-Escoja bien sus objetivos-, le advertí a Jurgen, sé que era una orden innecesaria, teniendo en cuenta las décadas que Jurgen y yo llevábamos sirviendo juntos, pero mi ayudante asintió y comenzó a realizar precisos disparos de uno en uno contra los híbridos que se acercaban, siendo su líder el primero en caer de un tiro limpio entre el hueco libre que quedaba entre el blindaje del torso y el casco. Un cráter cauterizado sustituyó a la mayor parte de su cara, desplomándose hacia delante sobre el arroyo, levantando una nube de rocío.

-Dejémosles que gasten su munición-, convino Jurgen, mientras varios de los soldados ponían sus fusiles a la máxima potencia, mientras sus disparos seguían masticando con gran determinación la inerte carne el cadáver orko tras el que nos habíamos refugiado**-. Que pandilla de canutos.**

-Solo buscan obligarnos a mantenernos a cubierto, inmovilizados-, señalé fastidiado, comprendiendo de repente el peligro que nos acechaba, justo a tiempo, y me di la vuelta velozmente para disparar a otro híbrido que descendía por la pared del acantilado, con su fusil láser colgado del hombro**-, ¡mientras los de la carretera nos flanquean! -.** Obviamente no le di, dada la distancia a la que se encontraba y el ángulo que tuve que adoptar para apuntarle, pero el rayo láser impactó lo bastante cerca, asustándole lo suficiente como para que perdiera el control de la cuerda, cayendo a plomo los últimos metros. No fue suficiente para acabar con él, pero debió romperse la pierna, porque se agitó en el suelo como un pez recién

sacado del agua hasta que Jurgen le dio el golpe de gracia con otro preciso disparo.

-Bueno, no se puede decir que estén teniendo mucho éxito con eso-, murmuró satisfecho mi ayudante, abandonando por un momento su fusil láser para rebuscar algo en su colección de macutos hasta sacar una granada**-. Pero lo educado sería devolverles el favor, ¿no le parece? -.** Sin esperar respuesta por mi parte la lanzó por encima de nuestra apestosa e improvisada barricada y al poco la siguieron un par de ellas más.

La primera detonó en medio del pelotón que intentaba inmovilizarnos, destrozando a un par de los soldados más cercanos con su lluvia de metralla, y haciendo que el resto se dispersara a derecha e izquierda cediendo reflejo instintivo por alejarse de la explosión. Justo hacia donde Jurgen había lanzado las otras dos grandas de fragmentación, las cuales estallaron casi simultáneamente uno o dos segundos después, causando un estrago similar entre los supervivientes heridos y bastante conmocionados. No toda la escuadra infectada había caído, pero sí la mayoría, y sentí cierta satisfacción vengativa al comprobar que la mayoría de los supervivientes cojeaban aturdidos.

-Bien hecho-, le felicite, matando a uno de los heridos más cercanos y dirigiendo mi atención a la última amenaza. Evidentemente, no es que ya pudiera descartar al puñado de híbridos que quedaban de la primera escuadra, pues su conexión con la mente de la progenie los mantenía concentrados en su objetivo mucho más allá del punto en el que la mayoría de las tropas humanas se hubieran retirado para reagruparse, o simplemente hubieran huido para salvar sus vidas, pero al menos por el momento habían

dejado de dispararnos. Ese detalle me recordó que los sonidos distantes de los disparos de bolter habían cesado; con lo que o bien el orko había muerto, o se había quedado sin munición. Como fuera, ese sería un problema a resolver en un futuro próximo.

Miré a los enemigos que se reunían junto a la pared del acantilado, con sus botas crujiendo en la playa rocosa mientras se liberaban de sus líneas de rapel: dichas cuerdas nos proporcionarían un potencial camino de vuelta a la carretera, y hacia la ayuda que esperaba estuviera ya de camino, si éramos capaces de alcanzarlas. El campo de aterrizaje que habíamos abandonado hacía tan poco tiempo estaba tan sólo a unos kilómetros de distancia, así que Jurgen y yo podríamos alcanzarlo en una hora más o menos; pero con un poco de suerte, alguien se habría dado cuenta de que habíamos desaparecido, y habría enviado un grupo de búsqueda al que podríamos unirnos. Sin embargo, en ese momento bien podría haber deseado que el mismísimo Emperador apareciera y nos echara una mano: las cuerdas colgantes, y la ardua escalada que prometían, estaban muy lejos de nuestro alcance, aisladas de nosotros por una horda de abominaciones bien armadas y de aspecto humano. Los maltrechos supervivientes del otro pelotón se les unieron, y conté un total de una docena de soldados enemigos **(7)**.

(7) Es de suponer que ya había acabado con algunos de los que les habían tendido la emboscada en la carretera cuando había disparado el bolter pesado antes de caer con el Salamander, o que el grupo ya hubiera quedado muy mermado en anteriores enfrentamientos con la Guardia Imperial.

-¿Le quedan más de esas granadas?-, pregunté, y Jurgen asintió sobriamente.

-Dos más de fragmentación. Y un par perforantes-. Las cuales podrían haber sido de alguna utilidad si el enemigo tuviera un vehículo, pero ambos sabíamos que las cargas perforantes serían bastante inútiles contra fuerzas de infantería desplegada, aparte de sobresaltarles con una inesperado y estruendosa detonación.

-Bueno, que sean de fragmentación-, le ordené, observando al siguiente orko muerto a nuestra izquierda, que parecía ofrecer un poco más de cobertura contra la nueva dirección del avance enemigo que nuestro actual refugio, que por otro lado se estaba deteriorando rápidamente**-. Será mejor que las aprovechemos bien.**

-Eso haré-. Mi ayudante siguió la dirección de mi mirada, leyendo la situación tan claramente como yo**-. ¿Qué le parece ese de allí?**

-Que sea ese-, confirmé**-. A la de tres-.** Apunté con cuidado al cultista que portaba la insignia de rango del sargento (aunque dado que todos formaban parte de la mente de la prole, el hecho de eliminar al líder nominal no supondría ninguna diferencia, pero no veía ningún sentido en anular mis prioridades habituales en cuanto a la selección de blancos) y apreté el gatillo**-. ¡Tres!**

Afortunadamente me salió un disparo bastante certero, alcanzándole de lleno en el pecho. No pude ver si había logrado penetrar el chaleco blindado que le cubría el torso desde esta distancia, pero supongo que no importaba. Se tambaleó por el impacto, y Jurgen y yo nos movimos, corriendo hacia el siguiente cadáver, agachados para minimizar nuestros perfiles, y disparando unas cuantas

descargas hacia enemigo. Unas cuantas ráfagas láser siguieron nuestros movimientos, pero, por la gracia del Trono, ninguna se acercó lo suficiente como para darnos.

Me arrojé detrás del cadáver que nos iba a servir de escudo, expulsando el aliento de mis pulmones al impactar mi pecho con las duras piedras, envidiando brevemente a mi ayudante por su chaleco de combate, un instante antes de que los híbridos volvieran a concentrarse en nosotros, disparando más acertadamente, mientras el nuevo cadáver orko se retorcía bajo la lluvia de impactos, como si le hubieran perturbado un pesado sueño.

-Oh, no, no lo conseguirás-. Jurgen pulsó dos veces en veloz secuencia el gatillo de su arma **(8)**, y una de las figuras junto a la pared del acantilado se dobló, y el lanzacohetes que presumiblemente había causado la perdición de nuestro Salamander cayó al suelo junto a ella. Debía de haber cebado la ojiva antes de caer, porque ésta detonó dentro del tubo, descargando una más que satisfactoria cantidad de metralla en todas direcciones, reduciendo más o menos a la mitad el número de nuestros adversarios de un solo golpe. (Literalmente, en el caso de la pareja que estaba más cerca de él). Jurgen asintió con evidente satisfacción**-. Supuse que sería una carga de fragmentación.**

(8) Dos disparos en rápida sucesión.

-Bien hecho-, le felicité; puede que en el fondo no hubiera sido más que un feliz accidente, pero que narices, me parecía genial que se llevara el mérito por ello. En ese

momento empecé a pensar que, después de todo, puede que fuéramos capaces de salir de esa.

Justo entonces, a tiempo para maldecirme por aquel aciago pensamiento, un familiar bramido atravesó el aire y reapareció el orko; no estaba muerto, como yo había esperado, pero sí muy deteriorado. Cojeaba y tenía todo el torso marcado con las inequívocas señales de las armas láser. Le faltaba una oreja, junto con suficiente músculo y piel para dejar su dentadura al aire a lo largo de ese lado de la mandíbula, aunque una extasiada sonrisa se extendía por lo que quedaba de su rostro. Parecía notablemente resistente, incluso para los estándares de su propia especie, aunque ya había visto cosas parecidas con bastante frecuencia: prácticamente he perdido la cuenta del número de orkos que me he encontrado demasiado testarudos o estúpidos como para darse cuenta de que ya estaban muertos, y que seguían adelante mucho después del momento en que deberían haber caído, alimentados únicamente por la sed de sangre y rabia.

-¡Yo matar a todos!-, rugió, aumentando la velocidad, con los ojos fijos en Jurgen y en mí**-. Ahora resolver nosotros-.** El bolter seguía en su mano, pero parecía que había acertado al decir que se había quedado sin munición; lo blandía como si fuera un garrote, y parecía estar cubierto de una pátina de sangre coagulada, a la que se habían adherido algunos trozos de lo que parecía pelo, cerebro y fragmentos de hueso, como para darle un poco de variedad.

Parecía tan obsesionado con hacernos trizas a Jurgen y a mí, que tal vez ni siquiera se habría percatado de la presencia de los híbridos que nos acechaban si éstos no hubieran cometido el evidente error de abrir fuego contra él mientras

se acercaba a nosotros, sin duda con la esperanza de librarse de los tres a la vez.

-¡No todos, aun quedar!-, grité, manteniendo mi objetivo en el otro enemigo con un esfuerzo de voluntad casi preternatural. Si me volvía hacia él, los híbridos se abalanzarían sobre nosotros y todo se acabaría en un plis plas, incluso si, por algún milagro, el orko no acababa conmigo primero**-. ¡A por ellos! -.** Disparé en dirección a los híbridos para reforzar mis palabras**-. ¡Mátarlos primero!**

No me importaba admitirlo: una vez que un orko se deja llevar por la sed de sangre, no hay prácticamente nada en la galaxia que lo desvíe de su objetivo, a menos que uno sea lo bastante idiota como para demostrar ser uno mejor. O, en el caso que nos ocupaba, media docena de idiotas. Tres o cuatro descargas láser impactaron en él, mientras el resto pasaba siseando inofensivamente, o impactaban en el cadáver tras el que yo estaba a cubierto. El orko giró la cabeza enrabietado.

-¡Waaaaghhhhh!-, rugió de nuevo, girando y echando a correr a trompicones. Una ráfaga de descargas láser le desgarró el pecho, dejando al descubierto su caja torácica, pero a estas alturas había cogido tanto impulso que probablemente podría haber cargado con el hombro contra un Leman Russ y haberlo apartado sin problemas de su camino. El primer híbrido que se mantenía en pie cayó en un instante, con la cabeza reducida a una niebla sangrienta de un solo garrotazo con el bolter pesado, y el segundo y el tercero le siguieron un instante más tarde en el retroceso del arma. Los demás híbridos perdieron el temple, desperdigándose aterrados mientras huían, permitiéndonos

a Jurgen y a mí tener un blanco fácil sobre cada uno de ellos, y el último salió volando contra la pared del acantilado, con el cuello roto por un solo golpe de un puño del tamaño de mi cabeza **(9)**. El orko se quedó allí parado un momento, tratando de llenar de aire sus expuestos pulmones, y luego se volvió lentamente para mirarme.

(9) Posiblemente una ligera exageración, pero quizá no por mucho.

-Yo mató a todos-, afirmó.

-Los mataste a todos-, le concedí asintiendo, mientras cambiaba un poco mi postura, preparándome para lo que sabía que estaba por venir. La espada sierra zumbó en mi mano y enfundé mi pistola, preparado para empuñar la hoja con las dos manos si era necesario**-. Ahora nosotros.**

Pronuncié la fatídica frase en el mismo momento en que él lo hizo, y entonces el orko cargó.

A día de hoy, no sé qué diferencia supuso el daño que la criatura ya había recibido; después de todo, me he enfrentado a tantos de sus congéneres en combate cuerpo a cuerpo que, sinceramente, ya ni me acuerdo del número, y al menos la mitad de ellos habían estado ilesos en aquel momento. Pero, según mi experiencia, eso no parecía ser algo que contara mucho, ya que la sobrehumana resistencia de aquellos brutos les permitía encogerse de hombros ante heridas que un hombre habría considerado instantáneamente mortales. Sin embargo, su carga me pareció un poco más lenta que la de la mayoría, y esquivé su primer golpe con gran facilidad, mientras los dientes de

la hoja de mi espada sierra chirriaban y levantando una lluvia de chispas al desviar el garrote de metal que empuñaba en su mano.

Su improvisada arma se clavó en la capa de guijarros del suelo, levantando una tormenta de hirientes piedras, y yo retrocedí, anticipando otro salvaje golpe, con la esperanza de poner suficiente distancia entre nosotros para que Jurgen pudiera dispararle sin correr el riesgo de alcanzarme a mí en su lugar, pero el orko me siguió sin vacilar, bramando de rabia, cerrando la brecha demasiado rápido como para que mi ayudante pudiera intervenir. Mis botas se deslizaron sobre los guijarros cuando di otro paso hacia atrás, y el siguiente golpe pasó rozando mi cara, lo suficientemente cerca como para sentir la brisa que dejaba a su paso. Si permitía que el bruto siguiera presionando en su ataque, estaría muerto en apenas un puñado de latidos.

La única forma de recuperar la iniciativa era acortar la distancia, así que me interpuse bajo un feroz golpe descendente, levantando mi espada para bloquearlo, y le corté limpiamente el antebrazo. El pesado bolter destrozado cayó a plomo, aun firmemente sujeto en la mano que lo había sostenido, y yo me abalancé decididamente, poniendo todo mi peso detrás de una estocada que atravesó su arruinada cavidad torácica, alcanzando hasta lo más profundo de su corazón.

El orko cayó de rodillas mientras yo le arrancaba la hoja por el costado del pecho.

Por un momento creí que iba a decir algo, pero sus ojos se apagaron y cayó quedamente hacia delante, yaciendo

inerte sobre las piedras. Limpié la hoja los triturados restos de carne orka que aún quedaban en ella, y retrocedí, aun con cierte cautela, pero la criatura permaneció inmóvil, y finalmente envainé el arma, seguro de que estaba muerto.

Jurgen se colgó al hombro su fusil láser y volvió a rebuscar en su colección de bolsas.

-No sabía que hubiera pieles verdes por aquí-, comentó.

-Nadie lo sabía-. Sacudí la cabeza**-. Tendremos que enviar equipos de reconocimiento. Debemos asegurarnos de que no quedan más de los de su ralea.**

-Siempre hay más-, me aseguró Jurgen. Una gran verdad que en aquellos momentos no me tranquilizaba un pimiento. Tras rebuscar entre sus bolsas sacó un termo y me lo ofreció**-. ¿Le apetece un poco de Tanna?**

-No le voy a decir que no, gracias-, le agradecí sonriendo animado ante la idea. Active el pinganillo de comunicación de mi oreja esperanzado, pero, como había anticipado, el equipo de vox del Salamander no había sobrevivido a nuestro accidentado descenso. Estaba visto que encima tendríamos que regresar a pie. Suspiré y me acerqué a la cuerda más cercana**-. Parece que nos espera una tarde de extenuante ejercicio.**

FIN

Sobre el autor:

Sandy Mitchell es el autor de una larga serie de novelas de Warhammer 40.000 sobre el Héroe del Imperio, el Comisario Ciaphas Caín, así como el audio-drama *"Dead In The Water"*. También ha escrito una gran cantidad de relatos cortos, como "*A Good Man*" en la antología Sabbat Worlds, además de varias novelas ambientadas en el mundo de Warhammer. Vive y trabaja en Cambridge.

